

Los naufragios del corazón

A*

Benoîte Groult
Los naufragios del corazón
Traducción de Lydia Vázquez

Primera edición, 2019

Título original: *Les Vaisseaux du Coeur*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Éditions Grasset et Fasquelle, 1988

© de la traducción, Lydia Vázquez, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Nicola Smith / Trevillion Images

Fotografía de la autora: © Album / Rue des Archives / Bridgeman Images / Monier

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-96-6

Depósito legal: B. 20.144-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación García Lorca del Institut Français de España

Es solitario aquel o aquella que no es
el número uno para nadie.
HELENE DEUTSCH

Prólogo

Antes que nada, ¿cómo voy a llamarlo para que su mujer no se entere nunca? Con un nombre bretón, eso seguro, puesto que tenía uno así. Pero querría que fuera un nombre de bardo, de uno de esos héroes irlandeses de valentía absurda, que han perdido la mayoría de las batallas, pero su alma, nunca.

¿Un nombre de vikingo, quizá? No, los vikingos eran rubios. De celta, más bien, esa raza de hombres morenos, bajos y fornidos, de ojos claros y un rastro pelirrojo en la barba. Porque pertenecía de los pies a la cabeza a ese pueblo de geografía imprecisa, de controvertida historia, de supervivencia más poética que real.

Quiero para él un nombre brutal y rocoso que combine bien con esa silueta suya, maciza, con esos cabellos suyos, de nacimiento muy bajo y tupidos, que se rizaban a la altura de su ancha nuca, con esos ojos intensamente azules como dos destellos de mar bajo unas cejas espesas, con sus pómulos de tártaro, con esa barba cobriza que se dejaba crecer cuando estaba en el mar.

Le pruebo varios y hago que desfile ante mi espejo interior... No, este no iría bien con el aire obtuso y fu-

rioso que adoptaba cuando alguien se le resistía; ese otro no pegaría con sus andares lentos.

¿«Kevin»? Sí, pero tendría que asegurarme de que se pronuncie a la inglesa y no «Quevain».

«Yves» suena a pescador islandés.

Además, me he encontrado demasiados Jean-Yves durante mis vacaciones en Bretaña, todos pequeños, flacuchos y pecosos.

¿«Loïc»? Puede ser... pero me gustaría un nombre menos corriente, un nombre propio de un cormorán.

¿Por qué no «Tugdual»? ¿O «Gauvain», uno de los Doce de la Mesa Redonda? ¿O «Brian Boru», ese Carlomagno irlandés? Pero los franceses lo llamarían enseguida «Brillan Boru», y se sustituiría la caricia de la erre inglesa, ese impalpable vaivén de la lengua en medio de la boca, por el carraspeo sin gracia alguna que nosotros llamamos «r».

No obstante, necesita un nombre de caballero, eso está claro. Y qué caballero más fiel que Gauvain, hijo de Lot, rey de Noruega, y de Morgana, hermana de Arturo, que murió en combate singular contra Mordred, traidor a su rey. Sobrio, prudente, digno, generoso, de una fuerza terrible y una fidelidad absoluta a su soberano, según nos dicen los textos del ciclo artúrico, no era poeta, sino un hombre de deber, a cualquier precio, dispuesto a todas las aventuras y todas las heroicidades. Así se lo describe en el ciclo bretón y así es el hombre de mi relato.

En la vida real tenía un nombre que me parecía un poco absurdo. En cuanto entró en mi vida, le puse un montón de apodos. Hoy le dedico este nombre definitivo, bonito de escribir y bonito de leer, puesto que ahora solo puedo amarlo por escrito.

Lo cierto es que siento aprensión al sumarme a la catterva de escritores que han intentado atrapar en una hoja en blanco esos placeres conocidos como carnales pero que a veces hacen zozobrar al corazón. Y descubrir — como muchos de ellos sin duda, y como quienes, aún más numerosos, han tenido que renunciar — que el lenguaje no ayuda a expresar el arrebatado amoroso, ese placer extremo que hace retroceder los límites de la vida y engendra en nosotros cuerpos que no imaginábamos. Sé que me acecha el ridículo, que mis sentimientos concretos van a acabar atrapados en la banalidad y que cada palabra está dispuesta a traicionarme, desoladora o vulgar, insípida o grotesca, cuando no francamente repugnante.

¿Cómo nombrar según mi corazón esas excrecencias o esas increcencias mediante las que se expresa, se resuelve y resucita el deseo? ¿Cómo enternecerse diciendo «coito»? Co-ito, co-ido, participio de co-ir, ir juntos, claro. Pero, justamente, ¿qué pasa con el placer de dos cuerpos que «van juntos»?

Veamos: ¿penetración? Suena a término jurídico. «¿Hubo penetración, señorita?» Y «fornicar» despide hedor a sotana y pecado. Y «copulación» parece una tarea pesada, «ayuntamiento» resulta animal, la palabra «acostarse» ¡es tan aburrida!, y «follar», ¡tan expeditiva!...

Entonces ¿«desfallecer» o «fruir»? ¿«Holgarse» o «yacer»? Por desgracia, se trata de palabras casi olvidadas, alegres invenciones de una lengua joven y verde que aún no se había dejado embriagar.

Solo nos quedan hoy, en estos tiempos de inflación verbal en los que las palabras se desgastan antes aún

que la ropa, las palabras obscenas o las palabras como-dín, descoloridas de tanto repetirlas. Y luego ese airoso «hacer el amor», siempre a punto, pero vaciado de toda carga emotiva, escandalosa o erótica. Impropio de la literatura, en suma.

Y cuando se llega a los órganos que vehiculan el placer, el escritor, y quizá aún más la escritora, se enfrentan a nuevos obstáculos. «La verga de Jean-Phil estaba tiesa, tensa, a punto de estallar... El falo de Mellors se erguía soberano, temible... Los cojones del director adjunto... Tu adorable escroto... Su pene, tu pubis, su méntula... Mi vagina dentada... El clítoris de Béatrice...»

¿Cómo escapar a la chocarrería? Hasta la anatomía, cuando se trata de sexo, pierde su inocencia, y las palabras, esas cabronas que van a su aire y pasan de nosotros, nos imponen unas imágenes hechas y rechazan todo uso ingenuo. Vienen del latín, o del argot, de la jerga de los adolescentes o de la de los bajos fondos. Si es que existen. Porque el vocabulario del goce femenino es, hasta en los mejores autores, de una pobreza lamentable.

Habría que poder olvidarlo todo, empezando por la prensa especializada en turgencias, las fotonovelas sobre fondo de mucosas y los triple axel del sexo comentados por redactores resabiados. Y quizá olvidar más aún el erotismo chic que hay que apreciar para quedar bien y que viene envuelto en una jerigonza filosófica que enmascara su ignominia.

Y, sin embargo, la historia que querría contar no existe sin la descripción del pecado de fornicación. Mis protagonistas se sedujeron practicando el pecado de fornicación; para fornicar se persiguieron alrededor del mundo

entero; por haber fornicado nunca pudieron desengancharse el uno del otro a pesar de que todo los separase.

Quedaría mejor —y resultaría más fácil para explicar este amor— evocar una complicidad de ideas o de culturas, una amistad de infancia, un talento excepcional en uno de ellos, una conmovedora enfermedad..., pero hay que reconocer la verdad como es: esos dos estaban hechos para ignorarse, incluso para despreciarse, y solo el lenguaje inarticulado del amor les permitió comunicarse, y solo la magia del chisme en el chirimbolo (incluidas esas historias de predestinación que suelen invocarse en tales casos, o los misteriosos tropismos, o el juego de las hormonas, o yo qué sé), solo esa magia pudo unirlos tan profundamente que toda barrera quedó abolida.

Aún falta presentar como esplendoroso el acto más practicado de toda la tierra. Porque si no es para refulgir, ¿para qué escribir? ¿Y cómo captar esa esperanza de cielo que luce entre las piernas de los hombres y las mujeres y hacer pasar por un milagro lo que se produce en todas partes, desde siempre, entre sexos semejantes o diferentes, patéticos o gloriosos?

No dispongo para ello de ningún conocimiento que no esté al alcance de los demás ni de ninguna palabra de la que no se haya hecho antes uso y abuso. No se trata en absoluto de un viaje a tierras ignotas: no existe la Papúa del amor. Y más banal que un coño solo hay dos coños, y un falo de piel de primera calidad, llegado el momento, se deja vaciar igual que una polla de baja extracción.

Así que la prudencia me aconsejaría renunciar. Sobre todo porque entre el escollo de la pornografía y el del

agua de rosa brillan ya con claridad insolente las pocas obras de arte de todas las literaturas que se mofan de todos esos peligros. Pero solo después, en caso de fracaso, aparece la prudencia como una cualidad. ¿Y acaso la literatura no es imprudente?

Finalmente, era tan hermoso el riesgo de escribir, a pesar de todo, las primeras líneas de la historia imposible: «Tenía dieciocho años cuando Gauvain se metió para siempre en mi corazón, o lo que entonces yo tomaba por el corazón y que todavía no era más que la piel...».

1. Gauvain

Tenía dieciocho años cuando Gauvain se metió para siempre en mi corazón, sin que nos diéramos cuenta ni él ni yo. Sí, todo empezó por el corazón, o lo que entonces yo tomaba por el corazón, y que todavía no era más que la piel.

Era seis o siete años mayor que yo y su prestigio de hombre que se ganaba la vida trabajando en el mar compensaba entonces mi prestigio de estudiante aún dependiente de su familia. Mis amigos de París eran unos lechuguinos, unos zazús, comparados con él, ya marcado por ese oficio que, en muy pocos años, hace de un adolescente musculoso una fuerza de la naturaleza y, con el tiempo, lo vuelve un anciano prematuro. Su infancia aún coleaba en su mirada, que apartaba en cuanto fijaban los ojos en él; su juventud asomaba en sus labios arrogantes de comisuras respingonas, y su fuerza de hombre imponía respeto a la vez por sus manos imponentes, como tensadas por la sal, y por esos andares lentos y pesados gracias a los que afirmaba cada paso como si siguiera creyéndose en el puente de un barco.

Hasta la adolescencia nos habíamos mirado de reojo, como los representantes de dos especies irreconciliables, él en el papel de mozalbeta bretón, yo en el de la parisina, lo que nos procuraba la reconfortante certeza de que nuestros caminos no se cruzarían nunca. Además, era hijo de labriego pobre y yo, hija de turistas, actividad que él parecía considerar como nuestra principal ocupación y un modo de vida que no le inspiraba ningún respeto. Durante sus escasas horas de ocio, jugaba apasionadamente al fútbol con sus hermanos, algo carente del menor interés para mí; o desanidaba pájaros o los cazaba con una honda, lo que me resultaba odioso. El resto del tiempo se lo pasaba peleando con sus amigos o soltándonos tacos cada vez que se cruzaba con mi hermana y conmigo, lo que me parecía profundamente masculino, es decir, detestable.

Fue él quien reventó las ruedas de mi primera bicicleta de niña rica, un insulto, es cierto, a la destartalada estructura con ruedas en la que bajaba con sus hermanos, en medio de un ruido de chatarra que les encantaba, por la única calle del pueblo. Luego, en cuanto tuvo las piernas lo suficientemente largas, pasó a contonearse en la esquelética bici de su padre, jamelgo reducido a sus componentes indispensables, que él sustraía a escondidas cuando Lozerech padre pasaba la noche en una cuneta tras la borrachera del sábado. Nosotras, con ayuda de unas pinzas de tender, colgábamos postales en los radios de nuestras bicicletas cromadas, con timbre, guardabarros y portaequipajes, para producir un ruido de motor y dejar así boquiabiertos a los hermanos Lozerech, que nos ignoraban por completo.

Por una especie de convención tácita solo jugábamos

con la única hija de los Lozerech, la última de «esa familia de conejos», como decía nuestro padre con desprecio, una rubita sin gracia que llevaba un nombre prohibido para nosotras: Yvonne. Ya lo he dicho: todo nos separaba.

Hacia los catorce o quince años, Gauvain desapareció de mi horizonte. Navegaba ya como grumete, durante el verano, en el arrastero de su hermano mayor, el *Vaillant Couturier*, ¡un nombre que me gustaba porque durante mucho tiempo creí que hacía alusión a un modisto valiente que había llevado a cabo un inesperado salvamento en altamar! Su madre decía que «sabía trabajar» y que «no tardaría en pasar a aprendiz». Pero por el momento era grumete, es decir, el chico de los recados de a bordo. Así lo exigía la costumbre, y su hermano, patrón de pesca, tenía menos derecho que nadie a ser indulgente.

Para nosotras eso significaba un enemigo menos en el pueblo. Pero, aunque reducidos a los cinco más jóvenes, los hermanos Lozerech seguían considerándonos, a mi hermana y a mí, como unas meonas por ser chicas y como unas pretenciosas por ser parisinas. Sobre todo porque yo me llamaba George, «George sin s», como precisaba cada vez mi madre, que me había sacrificado en el altar de su pasión de juventud por *Indiana* de George Sand. Mi hermana pequeña, que se llamaba tranquilamente Frédérique, y a la que, para vengarme, llamaba «Frédérique con q de culo», me reprochaba que me avergonzara de mi nombre. Y es verdad que lo habría dado todo por evitar las burlas y las preguntas cada vez que volvía al colegio, hasta que las nuevas se acostumbraban. Los niños son despiadados con todo el que se sale de la norma.

Hasta que no fui adulta no perdoné mi nombre a mi madre.

En el colegio Sainte-Marie era menos duro que en el pueblo. Se podía hablar de George Sand, aunque no fuera precisamente santa de la devoción de las monjas. A fin de cuentas, acabó rehabilitándose con *La charca del diablo* o *La pequeña Fadette* y luego convirtiéndose en la «*bonne dame* de Nohant». Pero en Raguenès mi nombre daba lugar a un sinnúmero de sarcasmos. No se acostumbraban, o más bien se negaban a olvidarse de algo que daba tanto juego. Todos me llamaban George Sinese.

A ello venía a añadirse la presencia de mi familia fuera de la zona de los chalés, en el corazón de un pueblo de campesinos y pescadores donde constituíamos la única nota falsa. Los «pijamas de playa» de mi madre, las grandes boinas que se encasquetaba mi padre y sus pantalones de golf en *tweed* provocaban siempre la hilaridad general. Los críos de la aldea no se atrevían a burlarse delante de los padres, pero en cuanto estaban en pandilla, auténtico magma de machos que se estiman investidos de la superioridad natural de los portadores de pito, y con los Lozerech a la cabeza, se apresuraban a entonar, en cuanto nos vislumbraban a lo lejos, un estribillo cuya estupidez tenía que habernos hecho sonreír, pero que nos irritaba sobremanera:

¡Parisino, cabeza de pepino!

¡Parisiense, liliputiense!

De pequeños, las bromas más tontas son a menudo las mejores. Nos vengábamos cuando nuestros tortu-

radores se encontraban reducidos a uno o dos especímenes. Juntos, representaban al Hombre. Aislados, no eran más que un chaval frente a una chavala o, peor aún, un campesino frente a una chica de la gran ciudad.

Gauvain nunca había venido a casa. De hecho, para él aquello no era una casa, sino un chalé con un ridículo tejado de paja, cuando los demás habitantes del pueblo aspiraban todos a tener un tejado normal, un tejado de pizarra. Esa paja auténtica, de centeno trillado a mano y obtenido con gran esfuerzo y a precio de oro en el último vendedor de paja para tejados de la región, les parecía un insulto a la sensatez.

Entre nosotros, una frase tan banal como «Ven a mendar a casa» o, más tarde, «Ven a tomarte una copa a casa» no era ni siquiera imaginable. No obstante, invitaba a menudo a Yvonne, que era de mi edad, a que viniera a casa a jugar con nosotras. Y, por supuesto, nosotras podíamos ir cuando quisiéramos a la granja. Allí, la incesante actividad, el desorden, la ropa de los ocho niños tirada por todas partes, los zuecos llenos de barro en el pasillo de la entrada, el patio repleto de bebederos remachados, de perros, gatos, gallinas e indefinibles aperos de labranza, que parecían no poder servir nunca más pero que encontraban su utilidad una vez al año para tal o cual faena en la que se revelaban irremplazables, todo aquello nos parecía el colmo de la libertad, a nosotras, habitantes de un chalé resplandeciente, obligadas a ordenar los juguetes cada noche y a limpiarnos cada día las sandalias con blanco de España.

Los intercambios siempre se habían producido en el mismo sentido, como demostraba mi breviario, la Biblioteca Rosa, donde veía a las señoras de Fleurville

o de Rosbourg yendo a visitar a mujeres necesitadas, recién paridas, madres abandonadas o pobres viudas enfermas, quienes, por su parte, nunca habrían entrado en los salones de ellas.

A veces me quedaba a comer en casa de los Lozerech, saboreando una sopa con tocino que no habría probado en mi casa, después de binar las patatas con Yvonne, trabajo sin el menor atractivo pero que me servía para que no me consideraran como una de esas incapaces de la ciudad. Estaba más orgullosa de saber ordeñar una vaca que de situar las provincias francesas en el mapa mudo de mi cuarto. Me gustaba pensar que, en otra vida, habría podido ser una buena campesina.

Precisamente fue durante una de esas trillas cuando Gauvain y yo nos miramos por primera vez como seres humanos y no como los representantes de dos grupos sociales enemigos. Durante esos días, todos los vecinos acudían a echar una mano y cada familia esperaba a tener el máximo de brazos reunidos para empezar. Tres de los hijos Lozerech, entre ellos Gauvain, se encontraban en la casa al mismo tiempo, coincidencia rara que había que aprovechar para fijar la fecha de las grandes faenas. Frédérique y yo participábamos todos los años en su trilla porque eran nuestros vecinos más próximos, y compartíamos con orgullo el trabajo, el agotamiento de cada noche y también la excitación que acompañaba al acontecimiento más importante del año, el que sentenciaba el balance anual de toda una casa.

La última jornada había sido asfixiante. Habíamos acabado ya con la avena y la cebada y llevábamos dos días con el trigo. El aire vibraba por el calor, cargado de un polvo denso que picaba en los ojos y las gargan-

tas, y también por las ruidosas sacudidas de la máquina. Las faldas oscuras de las mujeres se habían vuelto grises, igual que el pelo y las cofias, y unos chorros de sudor pardo corrían por los rostros y los cuellos de los hombres. Solo Gauvain trabajaba con el torso desnudo. De pie, en lo alto de un carro, cortaba con una hoz las hebras de paja que retenían los haces y enganchaba estos con la horca para lanzarlos, con un gesto que me parecía augusto, al rodillo por donde bajaban rebotando. Lucía lustroso, con su sudor joven al sol, entre el trigo rubio que volaba a su alrededor, y sus músculos se agitaban sin parar bajo la piel, como los de la grupa de los dos fornidos caballos que le traían periódicamente nuevas cargas de haces.

Nunca había visto a un hombre tan hombre, salvo en las películas americanas, y estaba orgullosa de participar en esa ceremonia y de sentirme por una vez solidaria con aquel mundo suyo. De aquellas jornadas ardientes me gustaba todo: el olor acre de los sacos de trigo humeante, símbolos de abundancia, cuyo relleno vigilaba el padre de Gauvain, al pie de la trilladora, atento a que no cayera al suelo ni un grano de su tesoro; la merienda, a eso de las tres, un festín de tocino, paté, mantequilla en placas color amarillo oscuro generosamente untada en unos pedazos de hogaza, que hacía que nuestras meriendas de parisinas parecieran paupérrimas; los tacos de los hombres, incluso, cada vez que saltaba la correa y había que volver a colocarla en las poleas, mientras los que podían aprovechaban la parada de la máquina para humedecer con un trago de sidra el gaznate seco; y, por fin, cuando todos los sacos estaban amontonados en el pajar listos para

el molinero, la *fest-noz* para la que se había sacrificado un cochino.

Aquella noche, todos nos encontrábamos en ese estado de fatiga extrema que obliga a la embriaguez, unidos por la satisfacción del deber cumplido, de la cosecha terminada y recogida, bañados por un crepúsculo de finales de julio que no se decidía a dejar paso a la noche, como suele suceder en Bretaña durante esa estación, cuando la oscuridad no consigue ganarle la partida a la luz. El día se alarga, se defiende, y surge la esperanza de que, por fin, por una vez, venza a las tinieblas.

Estaba sentada junto a Gauvain, languideciendo al verme compartir aquel bendito momento con él, pero sin esperanzas de poder expresarlo. Entre labriegos, de la naturaleza se habla siempre con gran discreción. Estábamos mudos, violentos, incómodos por haber crecido. De hecho, habíamos roto con las trastadas y los juegos de la infancia y no los habíamos sustituido por nada. Los chicos Lozerech y las chicas Gallois estaban ubicándose en sus clases sociales respectivas después de la tregua artificial de la infancia y se preparaban para reducir sus relaciones a unos movimientos de cabeza y unas sonrisas de compromiso propios de esas gentes que se cruzan en el pueblo pero no tienen nada que decirse, ni siquiera una palabra malsonante. Seguíamos tuteándonos, preguntábamos educadamente por el trabajo o la pesca: «¿Qué tal el día?», «Y tú, ¿qué tal los exámenes?», preguntas cuya respuesta se escuchaba distraídamente, como esas conchas que ni se recogen en una playa en invierno.

Y luego, aquella velada, suspendida entre el día y la noche, entre el sueño y la realidad... En el momento

de separarnos, a pesar del cansancio que suavizaba sus rasgos, Gauvain propuso inesperadamente ir a dar una vuelta a Concarneau, lo que fue acogido sin entusiasmo, pues el que más el que menos, todos aspiraban a ir a acostarse. Sin embargo, uno de los hermanos secundó la propuesta y, haciendo uso de todos los medios coercitivos que tenía a mi disposición («Te regalaré mi sujetador Rosy, el de encaje... o mi frasco de colonia Canoë de Dana») obligué a Yvonne a que me acompañara para no ser la única chica. Gauvain era uno de los pocos que tenía coche en el pueblo, un viejo Renault cuatro caballos, en el que amontonó todos los cuerpos que cupieron. Mi hermana no se apuntó: con quince años no se va a bailar a Concarneau.

A mí, que solo había ido al baile de la Politécnica o al Point Gamma, la fiesta anual de la escuela de Ingenieros, el baile de Ty Chupen Gwen me pareció más exótico que una danza apache. Amablemente, Yvonne me apadrinaba en ese medio donde yo era la única «liliputiense» entre un montón de machos ruidosos y bastante achispados. Pero por lo menos ahí no me quedaría pegada a la pared, como me pasaba demasiado a menudo en las fiestas parisinas en las que mi timidez me relegaba detrás del tocadiscos cada vez que no había llevado conmigo al compañero de baile que exigían las invitaciones.

Apenas instalados, sin preguntarme nada y antes de que lo hiciera otro, Gauvain me sacó a la pista, enganándome a su brazo con la misma firmeza con la que debía de agarrar un estay en su arrastero con mar gruesa. Sentía cada dedo de su mano en mis costillas, manos de verdad, me decía a mí misma, hechas para no soltar

lo que tienen cogido, no como esos apéndices pálidos y distinguidos que frecuentaba yo en París.

Bailaba como un hombre del pueblo, como el Coupeau de Gervaise o los obreros en *La taberna* de Zola, con un movimiento de vaivén de los hombros demasiado pronunciado como para no parecer vulgar según mi código burgués. Ni una sola vez su mirada se cruzó con la mía y no intercambiamos una sola palabra. Él no sabía qué decir y yo, por mi parte, no veía qué tema podía interesarle. Aparte de «¿Te gustan las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke?» y «¿Qué tal se ha vendido el pescado esta semana?», ambas descartables, ¿qué podía decir una estudiante de Historia y Literatura Clásica a un muchacho que pasaba la mayor parte del tiempo en un barco en el mar de Irlanda? Mi timidez natural, unida al sentimiento de extrañeza que sentía al encontrarme en los brazos de un Lozerech, me dejaba sin habla. Pero eso no tenía ninguna importancia, puesto que él me cogía de la mano entre cada baile, esperando a que la música empezara de nuevo. Gauvain seguía oliendo a sol y a trigo y tenía la impresión de que me manejaba como uno de esos haces, con ese aire sombrío y concentrado que adoptaba en el trabajo.

Por otra parte, ¿qué palabras habrían podido dar cuenta del sentimiento que nos invadía y que era, a todas luces, totalmente incongruente y absurdo? El sentimiento de que nuestros cuerpos se reconocían y de que nuestras almas (que no nuestros cerebros) aspiraban a reunirse, sin preocuparse por todo lo que podía separarlas en este bajo mundo. Yo pensaba en Platón, por supuesto. En esa época, mis opiniones y mis emociones solo se expresaban a través de poetas y filósofos.

Gauvain, sin la menor garantía, se dejaba invadir por el mismo embrujo, yo lo notaba. Unas impresiones así nunca nacen aisladas.

Aguantamos un vals y dos pasodobles. *Tango Poema* prolongó nuestro arrebató. A nuestro alrededor, como en otro planeta, oía a los amigos que soltaban bromas cada vez más pesadas para ocultar sus crecientes ganas de follarse a las chicas, enternecidas por el alcohol y algunos tocamientos aproximativos. Sin ponernos de acuerdo, aprovechando que se había hecho de noche repentinamente, Gauvain y yo salimos de allí. Decretando, con el soberano egoísmo de la gente dichosa, que Yvonne y su hermano encontrarían fácilmente a algún amigo que los llevara a casa, nos fuimos como cobardes en el cuatro caballos.

Por supuesto, Gauvain cogió la carretera de la costa. En casos semejantes el instinto lleva al mar. Sabíamos que sustituiría toda conversación y que nos envolvería con su maternal grandeza, con su indulgente silencio. Fuimos parando al final de cada camino: en Le Cabellou, en La Jument, en Trévignon, en Kersidan y en la playa de Raguenès. Dábamos marcha atrás cada vez porque entonces no existía aún carretera costera, solo vías sin salida, igual que nuestras vidas, aquella noche. Cuanto menos hablábamos, menos capaces éramos de romper el silencio que henchía nuestros corazones. Gauvain se contentaba con pasar su brazo por encima de mis hombros y estrecharme tembloroso contra él, rozándome de cuando en cuando la mejilla con su sien.

En Raguenès había marea baja. La lengua de arena que une la costa a la isla en temporada de mareas vivas brillaba bajo la luna. A la izquierda, en la cara este, a

cubierto de los vientos dominantes, apenas se distinguía la línea de encuentro entre el agua y la arena: el mar no tenía el menor pliegue. En la cara oeste, una brisa ligerísima rozaba apenas el paño plateado del agua, bordeada por una agitación fosforescente. Todo era tan puro, tan semejante a nosotros, que bajamos para caminar un poco a la orilla de aquella agua silenciosa.

— ¿Y si nos diéramos un baño de medianoche?

La idea se me había ocurrido de repente. Era la primera vez que nos encontrábamos juntos en una playa. En aquellos años, los bretones no iban casi nunca a la playa. Bañarse les parecía cosa de turistas. Sin duda, los marineros llevaban demasiados siglos con los pies en el agua como para considerarla un lugar de distracción. Nos desnudamos a una distancia de cortesía, sin mirarnos. Hasta entonces nunca me había desnudado delante de un chico, pero me dio pena que Gauvain no echara al menos una ojeada. Yo me sentía guapa a la luz de aquella luna y menos desnuda que en una habitación, iluminada con crudeza por una bombilla. Tanto para esconder mi parte delantera como para evitar mirar la suya, me precipité la primera en el mar, por la cara este, solo por el placer de estrellar ese espejo demasiado liso. Pero no fui muy lejos: enseguida adiviné que Gauvain no sabía nadar. «¿De qué serviría saber, aparte de para sufrir más aún, cuando uno es arrastrado por una ola, en plena noche, en medio de un mar glacial?», me dijo. Me di cuenta de que no teníamos la misma relación con el mar. Gauvain y yo no frecuentábamos la misma persona y era él quien conocía la auténtica.

Nos zambullimos un buen rato en el agua temblorosa, frotándonos y riéndonos como dos ballenas dichosas,

sin decidirnos a salir porque sabíamos que, en tierra, en seco, íbamos a encontrar, con nuestra ropa, nuestros estados civiles y nuestras convenciones.

Era una de esas noches irreales en las que cierto plancton fosforescente sube a la superficie y, con cada brazada, con cada salpicadura, el mar parecía crepitar de destellos. Una ola de melancolía nos iba sumergiendo poco a poco, completamente desproporcionada en apariencia con el momento que acabábamos de pasar, como si hubiéramos vivido juntos un largo tiempo de pasión y como si un acontecimiento tan inexorable como una guerra se dispusiera a separarnos. El acontecimiento en cuestión fue el alba. El cielo clareaba ya por el este, aproximando la tierra a sus proporciones más justas.

Gauvain me dejó delante de la puerta de mi casa. La luz del cuarto de mi madre seguía encendida; estaba esperándome. Él me dijo, a una distancia respetuosa: «¡Ale, adiós!». Había recuperado su voz habitual. Después, dudoso, había añadido: «Hasta un día de estos, quién sabe», y yo contesté igual de llanamente, con los brazos pegados al cuerpo: «Gracias por acompañarme», cuando la verdad es que no le habría quedado otra, visto que nuestras casas estaban pegadas.

Dos días después volvía a embarcar en el *Vaillant Couturier* y yo no volvería a verlo en todo el verano porque regresábamos a París a principios de septiembre. ¿Se piensa en los marineros, en invierno, cuando se está en un piso con todas las comodidades? Y ¿qué pasarela se podría tender entre el puente de un arrastrero y el anfiteatro Descartes en la Sorbona, donde el señor Pauphilet iba a diseccionar para nosotros las maravillas de Aucassin y Nicolette y descubrirnos el amor cortés?

Se dirigió hacia su granja y la oscuridad lo engulló rápidamente. Entré en casa sacudiéndome el pelo mojado. Tener que pasar a ver a mi madre antes de llegar a mi cuarto me despojaba de todo el romanticismo: lo que acababa de sentir se deshacía ya, alejándose a toda velocidad a pesar de todos los esfuerzos, como esos sueños que se borran en unos segundos a medida que uno se despierta, sin dejar nada entre los dedos. Sin embargo, hasta el final de aquel verano, me parece que anduve con un paso menos firme y que una bruma tenue se mezcló con el azul de mi mirada.

Tanto es así que una noche más suave que las otras, de esas que se dan en Bretaña al final del verano, se me puso entre ceja y ceja escribir un poema para Gauvain, a la manera de una botella que dudé mucho tiempo en lanzar al mar. Quizá se burlarían entre amigos al leer las timideces de la parisina... «Ya sabes, de la familia que vive en la casa del tejado de paja en el extremo del pueblo...» «Está bastante buena, la chavala...» «¿Tú crees?»

El miedo al ridículo me impidió mandarle a Gauvain el poema, el primer poema de mi vida.

Muy puros ante el océano
nos sentamos los dos
tú eras tímido como un hombre-niño
que no hubiera leído a Gide.
La noche era dulce como la noche
pero yo fría como la primera mujer.

Permanecemos al borde del tiempo
al borde del deseo y de la mujer en mí

tú hombre y yo niña
agarrotada y tranquila
como sabemos estar a veces a los veinte años.

Vuelvo a menudo a Raguenès
yo que he leído a Gide
para volver a cruzarme con tu mirada huidiza
y tu boca salvaje y temblorosa.
Hoy soy dulce como la primera mujer
pero las noches son frías como la noche.

Y, sin embargo, esta noche te besaría tan a gusto
con ese sabor a sal en nuestras pieles
tú que navegas por el mar de Irlanda
en medio del violento abrazo de las olas
muy lejos de mis veinte años
y de la dulce playa a la que me llevaste
para pescar la fabulosa bestia
que no se dejó ver.

¿Y tú?
¿Vienes alguna vez aquí
a llorar por aquel beso que no nos dimos?

Enseguida se tuvo que cerrar la casa de cara al invierno, dejar atrás el verano de mis dieciocho años. Abandoné mi poema en un herbario: acabó en el fondo de un cajón junto a otros recuerdos de las vacaciones que el tiempo se encargaba de empalidecer: un erizo rosa vacío, una horquilla Kirby Grip color bronce enganchada en un cartón amarillento, un calcetín solitario que guardaba con la esperanza de encontrar el otro y una

espiga de trigo recogida en el patio de los Lozerech la noche de la trilla.

El verano siguiente tampoco tiré el poema. Siempre quise creer que un día llegaría a su destinatario y que le recordaría el sabor inolvidable del primer deseo.